

EL PERDÓN Y LA MISERICORDIA EN LUCAS

PROFESOR LUIS FERNANDO GARCÍA-VIANA

Aula de Teología
27 de octubre de 2009

El perdón y la misericordia se encuentran en el centro de la misión del Jesús histórico. Así aparece en algunos dichos auténticos. Por ejemplo, en la versión mateana de la respuesta a la mujer sirofenicia: “Sólo he sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 15,24). Pero quizá el dicho que tiene más credibilidad como auténtico es el de Mc 2,17: “No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Estas palabras constituyen una respuesta a la crítica de los fariseos sobre los compañeros de mesa de Jesús en el relato de la llamada a Leví/Mateo, el recaudador de impuestos. Son palabras que Jesús pronuncia tras la comida en la que Leví es el anfitrión y a la que asistían “muchos recaudadores de impuestos y pecadores” (Mc/Mt). Jesús no niega que el epíteto «pecador» en muchos casos esté justificado. Por eso llama a los pecadores a la penitencia y a la conversión. Y hay en esa llamada ecos de la predicación profética al pueblo de Israel para que volviera al Dios de la alianza y confiara de nuevo en él. Lo importante en el texto de Mc 2,17 es más bien el rechazo implícito por parte de Jesús del uso del término «pecador» por los que se consideran «justos» como un término despectivo. La propuesta de Jesús estaba dirigida evidentemente contra un sectarismo que trazaba límites demasiado estrictos en torno a una conducta pretendidamente legitimada por la Torá y que consideraba a los situados fuera de esos límites arbitrarios como «pecadores», infractores de la Ley y, en consecuencia, reprobados por Dios. Jesús protesta contra estos supuestamente «justos» por ser incapaces de reconocer un cumplimiento de la alianza que no se ajustaba a las condiciones y definiciones establecidas por ellos mismos.

Así pues, Jesús no niega la existencia de pecadores (como vemos en su exhortación al arrepentimiento y a la conversión). La objeción de Jesús es contra un trazado de límites dentro de Israel que situaba a algunos israelitas fuera de la alianza y la gracia de Dios. Para Jesús todo intento de levantar barreras, de crear divisiones dentro de Israel contrariaba la voluntad divina que se expresa en su predicación del Reino. En otras palabras, Jesús era más crítico con los que desdeñosamente condenaban a los «pecadores» que con los mismos pecadores. Así como debía ser defendido el derecho de los pobres dentro del pueblo, también debía serlo el derecho de los considerados «pecadores» a causa de la estrechez de miras de otros. El perdón y la misericordia con los pecadores están, pues, en el centro de la misión de Jesús y forman parte de la praxis del Jesús histórico¹.

Antes de centrarnos en la perspectiva lucana de este tema, bueno es que veamos brevemente cómo es recogida la práctica del perdón por Jesús en la iglesia

¹ En ningún caso el arrepentimiento del pecador es un prerrequisito para el acercamiento de Jesús a él. Cuando Jesús se sienta en la mesa con ellos, éstos siguen siendo pecadores. Jesús no espera a que se conviertan para juntarse con ellos. Si se produce la conversión es en un momento posterior al encuentro (ver, por ejemplo, el caso de Zaqueo).

primitiva. Nos vamos a fijar sólo en dos textos de tradiciones totalmente diferentes que no tienen relación entre sí y de esta manera veremos la presencia del perdón en dos ámbitos comunitarios distintos. El primer texto en el que nos vamos a detener es Mt 18,15-17.20 (leerlo) que describe una regla comunitaria pospascual para abordar los pecados dentro de la Iglesia. La comunidad se manifiesta aquí dotándose de un procedimiento para corregir al hermano que ha incurrido en falta y otorgarle así el perdón, en virtud de la presencia del Señor resucitado en medio de ella: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo entre ellos” (Mt 18,20). El segundo texto al que podemos acudir es una exhortación de la carta a los Colosenses² en el que se pide a los creyentes que se revistan de virtudes (concretamente se citan la bondad, la amabilidad, la humildad y la paciencia), “perdonándoos mutuamente si alguno tiene motivo de queja contra otro; como el Señor os perdonó, así debéis perdonaros” (Col 3,12s). Lo que hay que destacar en esos dos textos es que la cuestión del perdón siguió siendo primordial en las relaciones internas comunitarias y que su importancia derivaba, como hemos visto, de las enseñanzas del Jesús históricos que se hacen de nuevo presentes en el centro de la vida comunitaria como el Señor resucitado.

El tema del perdón y la misericordia, que como vimos hunde sus raíces en el Jesús histórico, va a ser recogido y ampliado por Lucas en su tarea redaccional. En cierta medida es un tema que enmarca la totalidad de su evangelio³ y se hace además presente en momentos claves de la vida y del ministerio de Jesús. Lo vemos ya en el evangelio de la infancia lucano, concretamente en el *Benedictus*, el canto de Zacarías, donde se describe la misión de Juan Bautista como dando “a su pueblo el conocer la salvación mediante el perdón de los pecados” (Lc 1,77; ver 3,3). En varios momentos de la predicación de Jesús se hace nuevamente explícito ese perdón (Lc 6,37; 7,42.47; 12,10; 17,3). Pero quizá donde se hace más claramente presente ese tema en Lucas es en los acontecimientos que rodean a la cruz. Son textos exclusivamente lucanos que no se encuentran en los otros evangelios. El primero de ellos forma parte del diálogo del crucificado con el Padre: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34)⁴. El segundo texto de la versión lucana del relato de la cruz donde aparece de nuevo el tema del perdón y la misericordia está en la escena de los dos ladrones que son crucificados con Jesús. En la versión marcana de esta escena, que probablemente Lucas ha tenido en cuenta cuando escribió su relato de la pasión, los dos ladrones insultaban a Jesús sin que en ningún momento se vuelva a hablar de ellos (Mc 14,32). Sin embargo, en la versión lucana (Lc 23,39-43), uno de los ladrones ajusticiados con Jesús reconoce su inocencia, se arrepiente de su vida y suplica a Jesús que se acuerde de él cuando llegue al Reino. La respuesta de Jesús está en sintonía con su actitud de perdón a lo largo de todo el evangelio. La misericordia de Dios va a hacerse presente en este ladrón bueno: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Jesús y el buen ladrón son así descritos llegando juntos al seno de los bienaventurados (ver Lc

² Se trata de un escrito del ámbito paulino, aunque probablemente no de Pablo. Nos asomamos así al espacio comunitario paulino, muy alejado del judaísmo de segunda generación al que pertenece Mateo.

³ Su presencia, como veremos, al principio y al final del evangelio se transforma en lo que se llama una inclusión, una figura retórica que quiere destacar un tema como fundamental en el texto así enmarcado por esas dos alusiones.

⁴ En los Hechos de los Apóstoles, la segunda parte de la obra literaria lucana, reaparece este tema del perdón en el martirio de Esteban. Poco antes de morir éste exclama: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hch 7,60). Lucas ha construido el relato de la muerte de Esteban siguiendo pautas presentes en el relato de la muerte de Jesús en su evangelio.

16,19-23)⁵. Por último, Lucas cierra su evangelio con un texto en el que el Señor resucitado invita a sus discípulos a que en su nombre prediquen “la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén” (Lc 24,47). Un texto que anuncia la tarea que la iglesia primitiva va a desarrollar a lo largo del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,8), que como sabemos es la segunda parte de la obra lucana y, por tanto, un escrito del mismo autor.

Pero además de la presencia del perdón y la conversión en momentos culminantes de su evangelio, Lucas ha insertado unos cuantos relatos o parábolas que los otros evangelios desconocen y que destacan el perdón y la misericordia como tarea del Padre, de Jesús e, incluso, del creyente. Quisiera, en primer lugar, referirme al relato, exclusivamente lucano⁶, de la conversión de Zaqueo (Lc 19,1-10). Era éste un jefe de publicanos que sentía curiosidad por conocer a Jesús. Al pasar éste por delante de él, que se había subido a un árbol para poderle ver, le pide ir a su casa y Zaqueo le recibe muy contento en ella. Es allí donde se escenifica el proceso de conversión de Zaqueo y sus consecuencias prácticas con respecto a su vida anterior: dará a los pobres la mitad de sus bienes y si a alguien defraudó le devolverá cuatro veces más. Las palabras de Jesús frente a esa decisión nos muestran de qué manera se hace presente el perdón y la misericordia de Dios en este hombre. Se reconoce en él a un verdadero hijo de Abrahán, es decir, a un verdadero miembro del pueblo de Israel (ver Lc 3,8; 13,16). Zaqueo es, pues, reconocido como formando parte del pueblo elegido, a pesar de las protestas de aquellos que lo descalificaban por ser un publicano. Este reconocimiento de la filiación abrahámica de Zaqueo nos muestra que cuando el perdón y la misericordia de Dios se hacen efectivos en la historia, las fronteras trazadas por los hombres caen por tierra. Por eso Jesús puede decir tajantemente que “hoy ha llegado la salvación a esta casa”. Esta palabra, «salvación», tiene múltiples connotaciones en Lucas-Hechos, desde la curación física hasta el don de la vida eterna y la entrada en el Reino escatológico de Dios. Aquí es la reincorporación de Zaqueo a la comunidad del pueblo de Dios a lo que se llama «salvación».

Además de esta escena, insistimos exclusivamente lucana, hay dos parábolas, que se encuentran también sólo en Lucas, que nos iluminan sobre el significado del perdón y la misericordia en este evangelio. Se trata, en primer lugar, de la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37). Todos conocemos bien este relato y no necesitamos presentarlo. El punto de partida es una pregunta que para justificarse hace un doctor de la Ley a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”. Para un judío la cuestión tenía una respuesta clara en la Ley: es todo miembro del pueblo de Dios (Ex 20,16-17; 21,14.18.35; Lev 19,11-18). Sin embargo, para esta parábola todo hombre que se aproxima a los demás con amor es el verdadero prójimo, aunque sea un extranjero odiado por los judíos, como es el caso del samaritano. De este modo la pregunta del doctor de la Ley se invierte y se transforma en, ¿cómo puedo yo ser el prójimo del necesitado? El samaritano tiene un corazón compasivo, “se compadeció de él” (v.33 y 37), es decir, sintoniza con la compasión de Dios que se

⁵ En otros textos, Lucas describe la vida escatológica como resurrección (Lc 14,14; 20,36; Hch 24,15). En ningún caso Lucas está interesado en darnos una cronología o una geografía de lo que ocurre después de la muerte, sino que busca destacar que la muerte no es el fin para los que confían en Dios.

⁶ Cuando hablamos de textos exclusivamente lucanos podríamos pensar que provienen de la tradición oral, de donde los ha recogido Lucas, o ser creación propia de este evangelista. Es un problema que en la presentación que estamos haciendo del tema del perdón y la misericordia no nos interesa especialmente.

ha hecho presente en el ministerio de Jesús, porque para Lucas una de las características de Dios es precisamente la compasión y la misericordia (Lc 1,54; 18,38). Y esta misericordia debe hacerse también presente en la vida concreta de los discípulos de Jesús como hizo el samaritano. Por eso la parábola termina invitando al doctor de la Ley, y a través de él a todos nosotros, a hacerse agente de misericordia: “Anda y haz tú lo mismo” (10,37). Seguir el sendero de la misericordia, nos dice esta parábola, no es, pues, un privilegio exclusivo de los judíos (Lc 3,7-8), ya que Dios ofrece la vida eterna a todos (Lc 2,31-32; 3,6), e intentar limitar la gracia salvífica de Dios a un pequeño grupo es algo que Jesús, a lo largo de su ministerio, rechaza (Lc 4,24-30; 5,30-32).

Nos queda todavía por ver la parábola del hijo pródigo⁷, un texto también exclusivamente lucano, que se encuentra en el capítulo 15 de Lucas. Pero quisiera ver este capítulo en su totalidad para que nos demos cuenta de la importancia que el perdón y la misericordia tienen en Lucas y percibir también sus matices. Este capítulo tiene como punto de partida la constatación de un dato que proviene del Jesús histórico: “Se acercaban a él, para escucharle, todos los publicanos y pecadores. Y tanto los fariseos como los escribas murmuraban, diciendo: «¡Este hombre acoge a los pecadores y come con ellos!»” (Lc 15,1-2). Después de esta introducción, Lucas inserta la parábola de la oveja perdida (Lc 15,3-7) que quiere ser la respuesta a las murmuraciones de los «justos». Es un texto que proviene de la tradición Q que Lucas tiene en común con Mateo, aunque en este evangelio esta parábola se encuentra en un contexto distinto⁸. Y, por último, Lucas introduce dos parábolas exclusivamente lucanas, la de la moneda perdida y la del hijo pródigo. El conjunto de las tres parábolas tiene como trasfondo el tema de la búsqueda y encuentro de lo que estaba perdido. Intenta, pues justificar y explicar el comportamiento de Jesús con los publicanos y pecadores. Frente a los «justos» que se indignan por la acogida que Jesús dispensa a estos publicanos y pecadores, éste les habla a esos fariseos y maestros de la Ley de la alegría de Dios al encontrar lo que estaba perdido y les invita a cambiar de actitud (15,25-32) y entrar en la dinámica del perdón y la misericordia de Dios que se revela en la actuación de Jesús⁹.

Las tres parábolas quieren, pues, responder a la crítica que los fariseos y escribas hacían de su cercanía compasiva a los pecadores y publicanos. Más concretamente, Jesús reacciona contra los «murmillos» de aquellos. Lucas utiliza aquí un verbo, «murmurar», que había ya empleado en 5,30 para describir una reacción semejante de los escribas y fariseos, provocada por la llamada a su seguimiento de Leví el publicano, y por la comunidad de mesa con los pecadores. El mismo verbo reaparece en 19,7 en un contexto idéntico, en la escena de la que ya hemos hablado de la comida de Jesús en casa de Zaqueo. En esos dos pasajes Jesús reacciona con afirmaciones bastante semejantes sobre el sentido de su

⁷ Todos sabemos que el título que tradicionalmente se da a esta parábola no es especialmente acertado, ya que el protagonista central del relato es el padre. Por eso se han propuesto otros títulos como el padre pródigo o el Padre misericordioso.

⁸ Y ese contexto diferente le hace cambiar de sentido. En lugar de ser la respuesta a la acusación de los fariseos, como ocurre en Lucas, se transforma en una advertencia a la comunidad cristiana o a sus dirigentes para que se preocupen de aquellos miembros de la Iglesia que han partido y vayan en su búsqueda.

⁹ En esta parábola lucana, el padre representa a Dios, el hijo pequeño al pecador arrepentido y el hijo mayor a los fariseos y maestros de la ley que no están de acuerdo con la aceptación por parte de Jesús de los publicanos y pecadores.

misión: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan” (5,31s), dice Jesús en el relato de Leví. Y en el texto de Zaqueo dice: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). «Lo que estaba perdido» es precisamente de lo que es cuestión en las tres parábolas de Lc 15. Por eso el verbo «perder» se hace presente frecuentemente en este capítulo, en las exclamaciones de alegría del pastor, del ama de casa y del padre: “Alegraos conmigo que ya encontré la oveja que se había perdido” (15,6); “Alegraos conmigo que ya encontré la moneda que se me había perdido” (15,9); “Traed el ternero cebado y matarlo. Vamos a comer y a celebrar alegremente la fiesta. Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado” (15,23; ver el v.32). Estas afinidades nos hacen ver el parentesco estrecho que une a las tres parábolas en una misma justificación de la actitud de acogida misericordiosa de Jesús con respecto a los pecadores.

De estas tres parábolas se deduce fundamentalmente una significación teológica, en el sentido estricto de este término. Las parábolas nos invitan primordialmente a abrirnos a una cierta imagen de Dios. Y esta significación teológica, como veremos, va a tener consecuencias en el comportamiento de los creyentes y de las comunidades cristianas, si quieren ser coherentes con su fe y su comunión con el Dios que se revela en Lc 15¹⁰. Las tres parábolas ponen de relieve el mismo aspecto del rostro de Dios. Si Jesús acoge a los pecadores y come con ellos (la mesa abierta a todos es uno de los rasgos del Jesús histórico que es especialmente destacado en Lucas), como subrayan las tres parábolas en respuesta a los murmullos de los escribas y fariseos, no hace con esto más que manifestar la misma actitud de Dios. Dios no excluye a nadie de la salvación que ofrece, la que Jesús proclama a través de la imagen del Reino. Dios no sólo no excluye a nadie de la salvación, sino que otorga prioridad a los pecadores, hacia los que se muestra lleno de perdón y misericordia.

Pero he aquí que esta imagen de un Dios de la misericordia, tan apta para dar confianza a los que podrían descorazonarse ante la conciencia de su miseria y su pecado, es una imagen que tiene su contrapartida. En efecto, esta prioridad acordada al perdón de los pecadores choca con una cierta concepción de la justicia de Dios. «No es justo», es la reacción espontánea que suscita en el lector la parábola del pastor que abandona las 99 ovejas para ir en busca de la que se había perdido. «No es justo», es lo que proclama el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, explicitando esa aparente injusticia que las dos parábolas anteriores sólo sugerían. Pero el padre de la tercera parábola se esfuerza por restablecer la verdadera perspectiva: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas” (15,31). Dios ofrece a todos lo mismo. A todos sin excepción. Lo que cuenta es que todos, poco importa quienes son y dónde se encuentran, lleguen a acoger la salvación que Dios ofrece. Una salvación que no necesita ser acogida explícitamente, abriéndonos así a la perspectiva de la salvación universal.

El padre tiene dos hijos y a los dos ofrece lo mismo, lo que nosotros podríamos calificar de perdón y felicidad. Esta felicidad, el hermano mayor no la ha

¹⁰ Se respeta así la dialéctica típica de toda ética bíblica (por ejemplo, Sinaí o Pablo) entre el indicativo (la acción de Dios) y el imperativo (la acción humana). Esta última es siempre la respuesta agradecida a la acción salvífica de Dios que le precede.

perdido nunca, porque siempre ha estado con el padre. Pues bien, ¿no es normal que éste, si tiene un gran corazón, se alegre cuando el hijo pequeño se abre de nuevo a la comunión de su vida, después de haberle rechazado? ¿No podemos comprender que el padre testimonie su alegría festivamente ante la vuelta del hijo perdido al hogar? ¿Podemos decir que eso es injusto? El problema es que muchas veces creemos en un Dios «justo», es decir, neutral e indiferente que deja a cada uno que se desenvuelva como pueda, pero sopesando estrictamente toda su vida al final del recorrido. ¿Concebimos a Dios como una balanza impersonal que no hace más que medir y pesar los hechos y los valores de los hombres? Pues bien, ése no es el Dios del Evangelio, ése no es el Padre de Jesús. Dios no es neutral, quiere apasionadamente la vida de todos y en particular la vida de los pecadores. Y no es casualidad que todos seamos pecadores. Y puesto que tiene esa prioridad, Dios está dispuesto a llevar a cabo conductas «injustas» e «irracionales» según la lógica humana, pero que están inspiradas por su perdón y su misericordia.

La impresión que nos deja el final de la parábola del hijo pródigo es que la elección ante la que se encuentra enfrentado el hijo mayor es bien clara. O bien adopta con respecto a su hermano la misma actitud que su padre, y entonces puede continuar en comunión con él, o bien se niega a seguir la actitud de su padre y no le queda otra solución que irse de casa, puesto que está claro que el padre no va a cambiar de actitud. El relato de la parábola nos deja con la incertidumbre de si el hermano mayor se va a unir o no a la celebración. ¿Entrará en la casa y dará la bienvenida a su hermano o se encerrará en sus prejuicios creyéndose como si hubiera sido dejado de lado? La parábola termina así porque es una invitación a que cada uno tome una decisión. Si entramos en la casa, aceptamos que la gracia y la misericordia son la regla de vida del Padre con la humanidad.

Si me abro y acepto la imagen de este Dios compasivo y misericordioso, yo debo a la vez actuar desde el perdón y la misericordia que son, como hemos visto, los rasgos del Dios del Evangelio. Si dejo entrar en mi vida a un Dios que acoge a los pecadores, tengo que transformarme en alguien como él: “Sed misericordiosos como el Padre es misericordioso” (Lc 6,26). ¿No es perdonando y acogiendo a los pecadores que testimoniamos que somos hijos del Padre de Jesús?: “Entonces seréis hijos del Altísimo, que es bueno aun con los desgraciados y malvados” (Lc 6,35). Por tanto, cada creyente, cada comunidad cristiana, a pequeña o a gran escala, se encuentra frente a esa elección ante la que se encontraba el hijo mayor de la parábola. O bien esforzarse por imitar al Padre, o bien renunciar a vivir con él y dejar en consecuencia de ser su hijo. Ésta es la que podemos llamar dimensión ética del tema del perdón y la misericordia, que es la respuesta agradecida a su dimensión teológica.

Imitar al Padre, nos dice la parábola, es mostrarse como él lleno de bondad y misericordia con respecto a los pecadores. Y perdonar como Dios significa mostrarse como él abierto al perdón, pero también llegar a ser capaz de perdonar de la misma manera que él. Cuando el hijo pequeño vuelve, la acogida del padre es incondicional. No hay por su parte reproches ni juicios, ni siquiera le pregunta por su pasado tormentoso y dilapidador. Ni siquiera hay en la boca del padre un «yo te perdono» arrojado desde lo alto. Lo que hay por su parte es simplemente: “Ha vuelto, está de nuevo en mis brazos. Hagamos fiesta”. Es algo que el hijo mayor se muestra incapaz de comprender y de imitar. *Perdonar* es perdonar *como Dios*. Esas

dos facetas del mismo ideal está profundamente ligadas en la parábola como ya lo estaban en el discurso de la llanura lucano¹¹: “Sed compasivos, como compasivo es vuestro Padre. No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados” (Lc 6,36s).

¹¹ El sermón de la llanura lucano ha recogido, de la fuente Q, parte de las tradiciones que se encuentran en el sermón de la montaña mateano. Lo llamamos sermón de la llanura porque Lucas lo contextualiza bajando de la montaña y en un llano (Lc 6,17).